



CAPITULO CVII

Una idea y una carta

APENAS los primeros rayos del sol bañaban con su luz la superficie de la tierra, salí de casa.

El aire de la mañana mitigó en parte la fiebre que enardecía mi cerebro, y rápidamente me dirigí á la iglesia, esperando encontrar en ella al padre Ventura.

Al penetrar en el templo sentí una emoción difícil de explicar.

La naciente luz del día que penetraba por las ojivas amortiguadas por los cristales de colores, prestaba al santo recinto una claridad relativa.

Las capillas veíanse alumbradas por lámparas, que por

falta de aceite comenzaban á agonizar; siendo la única que tenía velas encendidas, aquella en que iba á celebrarse el santo sacrificio.

Miré los confesonarios, en dos de los cuales distinguí á varios penitentes, pero el que tenía costumbre de ocupar el padre Ventura estaba vacío.

No dejó de extrañarme esto, porque mi confesor era de los que le ocupaban muy temprano.

Resuelto á esperarle, me dirigí á la capilla en que iba á celebrarse la misa, la cual oí con verdadera devoción.

Terminado el santo sacrificio volví en busca de mi confesor, pero aun no estaba en su puesto.

No pudiéndome explicar su ausencia, penetré en la sacristía preguntando á uno de los monaguillos:

—¿Ha venido el padre Ventura?

—No, señor. Hace dos días que está enfermo, y por esta causa no dice misa.

Esta nueva contrariedad contristó mi ánimo.

Cierto que en la iglesia no faltaban sacerdotes que me prodigasen los consuelos de la religión, pero en mi concepto, ninguno podía sustituir al padre Ventura; pues ya sabe usted que el sacerdote y el médico tienen muchos puntos de contacto, y para que con fe nos entreguemos á ellos, es necesario que no inspiren completa confianza.

Pregunté al monaguillo dónde vivía el padre, y después de apuntar las señas que me dió, salí de la iglesia, no tardando en hallarme en la morada del sacerdote, que vivía en una de las calles inmediatas al templo.

Una señora anciana salió á recibirme, y al preguntarla por el padre Ventura, me repuso:

—Está algo delicado, y ha tenido que guardar cama dos días.

—¿Pero está mejor?—añadí afanosamente.

—Sí, señor.

—Entonces, hágame el favor de decirle que un hijo de confesión desea verle.

—Si le fuese á usted lo mismo volver á la tarde, se lo agradecería, porque éstas son las únicas horas que descansa.

Ha pasado toda la noche tosiendo.

Por más que para mí el asunto era urgente, me dolía molestar á un sacerdote que tanto cariño me inspiraba, y contesté á la anciana:

—Esta tarde volveré. Me alegro que la enfermedad del padre Ventura no sea cosa de cuidado.

Salí de aquella casa pensando cuál sería mi situación si no alimentase la esperanza de que muy pronto mi confesor iba á prodigarme sus consuelos.

El padre Ventura pertenecía á la orden de Santo Domingo é hizo sus estudios en el convento de Ocaña.

Al terminarlos tuvo que marchar á Filipinas en unión

de otros compañeros de su orden, con objeto de difundir nuestra santa religión en aquel lejano archipiélago.

Desde el momento que dió principio á la misión que le confiaron, sus mismos compañeros reconocieron en el padre Ventura condiciones poco comunes.

En la época en que mi confesor marchó á Fllipinas, la mayoría de las islas Marianas estaban casi deshabitadas.

Sus naturales eran feroces y amantes de la idolatría; sin embargo, fué tal la diligencia y el tacto con que supo tratarlos el padre Ventura, que convirtió á la verdadera fe á gran número de indígenas.

Desde entonces sus superiores le confiaron las misiones más delicadas y difíciles de desempeñar.

Más de veinte años pasó en el archipiélago, durante los cuales hizo varios viajes á la península, hasta que al fin, el clima y el continuo trabajo, minaron su salud hasta el extremo que se vió obligado á regresar á España definitivamente.

Después intentó volver varias veces; pero los médicos se lo prohibieron en atención á que el clima de oceania era perjudicial á su salud.

Ya en la península se dedicó á la enseñanza, estando inscrito en la parroquia de San Sebastián para la celebración de los oficios divinos.

Tal es á grandes rasgos la biografía del padre Ventura: en cuanto á sus virtudes era un sacerdote modelo.

No sabiendo á dónde dirigirme, me fui á pasear por el Retiro.

Deseaba hallarme solo para meditar con calma, y ningún punto era para mí mejor que la antigua posesión regia.

Allí y entre los bosquecillos de copudos árboles podía pensar con tranquilidad, lejos de mi madre política, pues la sola idea de que un mismo techo nos cobijaba, enardecía mi mente.

Ya mi casa me inspiraba horror.

—Muy justificado.

En ella se albergaba la traición y la perfidia.

A su alrededor no veía usted más que enemigos dispuestos á hacerle daño y para que el martirio fuese más cruel, hasta la misma persona á quien usted quería habíase convertido en su enemigo,—profirió la enferma.

—Cuando el hogar, en vez de ser un sitio donde reinen la tranquilidad y el reposo se convierte en teatro de la discordia, nos inspira un horror invencible. Tal vez mayor que el que causa el presidio al hombre honrado.

Durante mi paseo no se separó de mi mente la imagen de Elisa, y el recuerdo de mi amada me hizo pensar de nuevo en vencer los obstáculos que me separaban de ella.

Ya para mí no era el principal el que los padres de la joven se opusiesen á nuestro enlace, la dificultad más terrible me la había suscitado mi madrastra.

Todo lo que me sucede, es hijo de la ambición de doña Margarita, quiere que me case con su hija solamente porque soy rico, porque puedo sufragar sus caprichos, pues bien, esta dificultad está vencida, yo haré que retire la calumnia que me ha levantado, ó cuando menos que renuncie á mi matrimonio con Lucrecia.

Sofía le contempló con admiración, agregando:

—¿Padre, usted llegó á imaginarse que aquel asunto pudiera tener otro arreglo más que su casamiento con su hermana política? ¿No comprendió usted que desde el punto que doña Margarita desistiese de sus pretensiones estaba perdida, pues su padre de usted dudaría de ella?

—Esta dificultad era poco importante: mi madre política tenía el ingenio suficiente para vencerla.

Oiga usted la idea que se me ocurrió, puesto que ellas lo que ambicionaban era mi fortuna, yo renunciaria al capital de mi padre á condición de que me dejaran en paz para seguir amando á Elisa.

Toda mi fortuna pasaría á manos de Lucrecia ó de su madre, esto me era indiferente, reservándome solo, la cantidad necesaria para concluir mi carrera.

Es decir, que iba á convertirme en un pobre bohemio; mas eran tales la fe y la confianza que alentaban en mi corazón, que tenía la seguridad de que en poco tiempo iba

á adquirir la reputación suficiente para que en mi bufete nunca faltase trabajo.

—Es decir, ¿que estaba usted dispuesto á pasar de la opulencia á la pobreza?

—¡Ob! ¿qué me importaba el dinero si él era un obstáculo para conseguir mi felicidad?

Acariciando esta idea y decidido á tener una entrevista con doña Margarita, me dirigí á mi casa.

Ya sabe usted que por muy ocultas que quieran tenerse ciertas cosas, es difícil que se escapen á la penetración de los criados.

Una de las sirvientas, sin saber por qué, pues yo nunca le había dicho una palabra, mostrábase favorable á mi causa.

A poco de entrar en mi cuarto, penetró ella, diciéndome:

—Señorito, esta carta que acaban de traer para usted. La he cogido yo para impedir que se entere la señora.
—Gracias,—contesté tomando el escrito.

Al ver la letra del sobre el júbilo se apoderó de mi alma y mis ojos brillaron de placer.

Por un momento olvidé todas mis amarguras.

Al fin iba á saber el paradero de mi amada, pues era ella la que me escribía.

Con mano trémula por la emoción rasgué el sobre y me puse á leer el escrito, que decia lo siguiente:

«Salvador, te perdono todo el daño que me has hecho.»

Este principio me llenó de admiración y sorpresa, y me dije:

—¡Dios mio! ¿qué daño he podido causarla, cuando la amo con toda mi alma?

Seguí leyendo.

«Bien sabe Dios que no guardo para tí el menor resentimiento; es tan grande el amor que me has inspirado, que aunque quisiera odiarte no podría.

»Tú fuiste quien despertó en mi alma ese sentimiento indefinible que nos hace gozar y padecer, que es nuestro martirio y nuestra dicha.

»¡Oh! ¡cuántas veces he soñado contigo y cuántas otras, llevada por mi ilusión, he forjado en mi mente mil proyectos de ventura y tranquila felicidad!

»¡Ay, Salvador! ¿por qué te cruzaste en mi camino?

»¿Por qué has hecho nacer en mi alma sentimientos que aun no puedo olvidar?

»Yo vivia tranquila y feliz al lado de mis padres, sin conocer otro cariño más que el suyo, cuando el fuego de tus ojos inflamó mi corazón.

»Desde entonces faltó á mi alma la tranquilidad; no tenia momentos felices más que aquellos en que mis ojos te contemplaban y oyendo con delicia el acento de tu voz.

»¡Oh! ¡quién iba á decirme que toda la dicha que me

hizo soñar nuestra última entrevista iba á desvanecerse como ligera nube que el aquilón deshace!

»¡Ay! ¡nunca podrás apreciar lo bastante el daño que me has hecho al desgarrar con tu conducta los afectos de mi alma que con la pureza del primer amor te consagré!

»Desgraciadamente un abismo nos separa; mi padre me ha hecho saber que perteneces á otra, que á ella te ligan compromisos que no pueden romperse, y que yo tampoco quiero que olvides.

»Además estoy convencida de que no me amas, y ya que yo no puedo olvidarte, buscaré en el claustro la paz y tranquilidad que faltan á mi corazón.

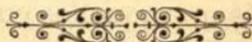
»Lo único que te suplico es que no hagas desgraciada á otra mujer.

»Te advierto que es inútil que trates de conocer el convento que me sirve de asilo, pues no lo conseguirás.

»Te perdona con toda su alma,

»*Elisa.*»

Al terminar la lectura de aquella carta, las lágrimas brotaron de mis ojos y caí en la butaca como si hubiese recibido un golpe de maza en la cabeza.





CAPITULO CVIII

A grandes males grandes remedios

REPUESTO de la primera impresión que me causó la lectura de la carta de mi amada, me dije:
—¡Otra nueva iniquidad!
¿Pero quién puede ser el autor de ella?

Esta vez no me fué difícil encontrar la respuesta. Nadie podía tener interés en envenenar el alma de mi amada más que doña Margarita.

Mi primer pensamiento fué correr á sus habitaciones, y decirla:

—Señora, ya puede estar satisfecha, su obra ha producido en parte los resultados que deseaba.

Ha hecho usted desgraciada á una joven que por todos

conceptos es mil veces más digna de ser feliz que su hija de usted: pero me contuve pensando que me faltaban pruebas para formular una acusación semejante.

—Además, comprendería usted que no le faltarían recursos, para rebatir con ventaja los argumentos que usted emplease, —añadió Sofia.

—Sí, señora.

Entonces se entabló en mi pecho una lucha tan terrible, que ofuscó mi inteligencia.

Sentí que mis músculos se estremecían nerviosamente, que el corazón me daba fuertes latidos, y un sudor frío inundaba mi cuerpo.

Como en mis ojos no se reflejaban bien los objetos y ardía mi cabeza como si mi cerebro se hubiese transformado en horno, creí que éstos eran síntomas de un ataque cerebral, y pedí á Dios con toda mi alma que me arrancara la existencia.

Era la única solución que yo veía para salvar el conflicto en que me encontraba.

Había perdido para siempre á la amada de mi alma.

Para el enamorado, el convento y el sepulcro son casi la misma cosa, la puerta del primero equivale á la losa fría que cubre al segundo.

En el sepulcro las pasiones no existen, si acaso volaron con el espíritu al lugar que Dios les tiene destinado.

Pero ¡ay! en el convento los afectos del alma siguen viviendo, solamente que se procura que no aparezcan, y

cuando el corazón se revuelve airado en un momento de delirio contra la cárcel que le aprisiona, entonces se le reuerce para obligarle á que enmudezca.

El martirio que producen las pasiones que se reprimen es indescriptible, no existe nada igual, hoy comprendo mejor que entonces la gravedad del paso que Elisa dió.

Muchas veces cuando á través de las rejas del locutorio se ve el amarillento semblante de una monja, se cree que la falta de aire y de luz es la que han marchitado el color de sus mejillas, y no es así, es el dolor lento y silencioso que produce la anemia en el alma, y se refleja en el cuerpo.

Soy sacerdote, pero jamás aconsejaré á ninguna mujer enamorada que busque refugio y calma á sus dolores en el seno de un convento, si su alma no ha de olvidar completamente al sér querido.

Esto equivaldría á decir á un amante desesperado que se suicidase.

Antes que yo, otro sacerdote ilustre, Fray Luis de León, expresó las mismas opiniones que yo sustentó.

—De modo, que según usted, ¿la mujer enamorada no debe encerrarse en el claustro?—añadió Sofia.

—Sólo en el caso de que el objeto de sus amores haya

muerto, porque al rezar por él puede consagrarse á Dios mejor que otras infelices que aun en contra de su voluntad muchas veces, han de sentir clavarse en su corazón la espina de los celos.

No sé cuánto tiempo permanecí llorando.

Al fin, la materia venció al espíritu y rendido por el cansancio, me quedé profundamente dormido.

Después la excitación fué apoderándose de mi sér, y empecé á soñar.

Primeramente apareció ante mí la imagen de Elisa, envuelta en una nube que poco á poco parecía alejarse de la tierra.

Cada momento era menos perceptible á mis ojos hasta que desapareció completamente.

A mis oídos y de un modo vago llegaba el acento de su voz diciéndome:

—No pienses en mí.

Todo cuanto hagas será inútil, mi carta es mi último acto mundano.

¡Adiós! hasta el día en que comparezcamos ante el Tribunal Supremo.

En mi garganta se ahogó un grito desgarrador, y de mi corazón desapareció la última esperanza de unirme con mi amada.

Entonces me acordé de mi padre, del único afecto que me quedaba en el mundo, y me dije:

—Aun puedo hacer que la paz renazca en mi hogar, que los últimos días de la existencia de mi padre sean felices y termine la discordia entre nosotros.

No pudiendo creer que doña Margarita fuese tan perversa como lo indicaban sus acciones, añadió:

—Todo lo que ha hecho, tal vez sea hijo del cariño que profesa á su hija, y obedezca sólo al deseo de verla feliz.

¿Por qué Lucrecia no ha de amarme?

¡Oh! si, me casaré con ella.

Quien sabe si con el tiempo y en vista de su buena conducta, llegaré á amarla.

Yo siento en mi corazón un dolor que me enloquece, y tal vez Lucrecia tenga el remedio para mi mal.

A los diez y seis años cuando se empieza á vivir, la idea de que solo encontremos en nuestro camino á la desgracia, nos llena de terror.

Y se comprende; entonces se sueña en ser hombre cuanto antes, en entrar en el mundo lo más pronto posible y nos forjamos, á medida de nuestro deseo, las más halagadoras ilusiones.

Por esta razón me aferré en la idea de casarme con Lucrecia con el mismo afán con que se agarra el náufra-go á la tabla que encuentra al alcance de sus crispadas manos.

Mas ¡ay! pronto la duda se apoderó de mi espíritu y comprendí que la joven no me amaba.

En ella no habia visto nada que indicase amor hacia mi; de repente acudieron á mi memoria multitud de detalles insignificantes al parecer, pero que ponen de manifiesto los hechos con toda claridad, y me dije:

Tanto Lucrecia como su madre sólo aman el lujo, la ostentación.

Un vestido, un sombrero las llenan de alegría, y más que el cariño de los propios, prefieren la admiración que su fausto despierta en los extraños.

No; Lucrecia, no es mujer capaz de llenar mi corazón, la falta ese perfume candoroso que la inocencia presta á la mujer.

En sus ojos hay fuego; pero no es el que enciende una pasión pura, es el que prestan el orgullo y la malicia.

Además yo no la amo, y para vivir tranquilo tendria que fingir y yo no sirvo para manifestar afectos que no siento.

¿Vivir un año y otro teniéndola por compañera?

¡Imposible!

Sería el mayor de los martirios que pudieran imponerme.

No; Lucrecia no será mi esposa.

Tanto ella como su madre son las causantes de mi desventura.

¿Quieren gozar de los placeres del mundo?

Háganlo en buen hora; mas para ello no han de servirles mis riquezas si se las cediese, sería lo mismo que conceder un premio á su perversidad.

Elisa se consagra á Dios, huye de un mundo en el que no puede encontrar la dicha, ¿por qué no he de seguir su ejemplo? terminé.

Era la primera vez que se me había ocurrido la idea de hacerme sacerdote; pero debo confesarla que entonces no sentía gran vocación por esta carrera, repito que todo mi afán seguía reconcentrado en gozar tranquilamente las felicidades de la tierra.

De nuevo la lucha volvió á estallar en mi pecho, y me acordé de Lucrecia, preguntándome con afán, ¿qué obstáculos habría para que yo fuese su esposo?

Pero ¡ay! las respuestas eran siempre las mismas.

Entonces mi desesperación no tuvo límites; la calma huyó por completo de mi espíritu y me dije:

¿A qué seguir luchando?

¿A qué desesperarme en busca de un remedio que cada vez me es más difícil encontrar?

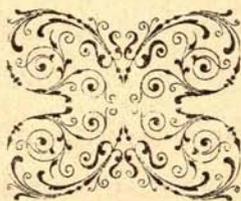
¿Qué me resta en el mundo?

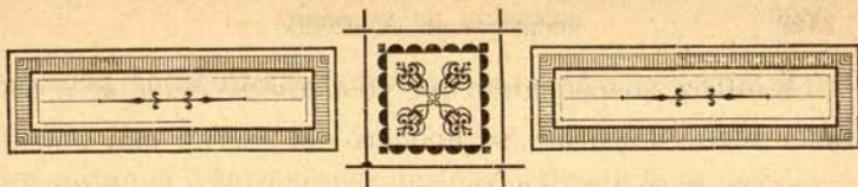
Nada: y por lo tanto nada debe preocuparme.

Los grandes remedios son para los grandes males y ni

ha de temblarme el corazón, ni me faltará valor para seguir la resolución que adopte.

Levantándome de la butaca, me acerqué á la mesa; con mano trémula escribí una carta y después de colocarla en sitio donde la viesan con facilidad, salí rápidamente de mi casa con la firme resolución de no volver á ella.





CAPITULO CIX

La carta

Con objeto de hacer la limpieza, penetró en mi cuarto una de las criadas, poco después de haber salido de mi estancia.

Al ver que mi cama estaba intacta, su sorpresa fué grande.

En un principio creyó que otra compañera se le había adelantado en aquel trabajo, pero pronto conoció que no era así.

No sabiendo cómo explicarse lo que para ella era un suceso extraordinario, pues yo nunca pasé la noche fuera de mi domicilio, púsose á registrar la estancia.

Al fijarse en mi mesa de trabajo, sus ojos tropezaron con la carta que había dejado escrita.

La infeliz, sospechando que yo estuviese decidido á cometer algún disparate, se apoderó del escrito con objeto de entregársele á mi padre.

—¿No le vieron salir á usted de casa?—añadió Sofia.

—No, señora; temiendo que mi padre pudiera detenerme, procuré abrir la puerta sin hacer el menor ruido, además la criada que me entregó la carta de Elisa, no dijo una palabra á sus compañeras, de modo que éstas estaban en la creencia de que yo no había pasado la noche en mi habitación.

—Entonces no me extraña que se sobresaltase,—repuso la enferma.

—Además, es necesario que tenga usted en cuenta, que para ninguna de las criadas era un misterio lo que me sucedía con mi madre política.

Ellas no tendrían verdaderos antecedentes del asunto, pero sabían que entre doña Margarita y yo, se había entablado una lucha terrible, en la que mi padre habíase puesto de parte de su esposa.

Como nadie conoce lo que sucede en el corazón de una mujer mejor que otra, por esta causa y comprendiendo que mi padre era víctima de la perfidia de doña Margarita, le tenían lástima.

En el momento que la criada con la carta en la mano

abría la puerta del despacho de mi padre, encontróse con mi madre política.

—¿Dónde vas?—la preguntó.

—A ver al señor.

—No está en casa,—repuso doña Margarita admirada de que la sirvienta buscara á don José, agregando:

—¿Qué le querías?

—Darle esta carta que he encontrado encima de la mesa del señorito Salvador.

—Dámela, que yo se la entregaré,—repuso vivamente mi madre política, sospechando que aquel escrito encerraba algo grave.

Aunque no de muy buena gana, la doncella obedeció.

—Veo que la suerte favorecía á aquella mujer,—interrumpió la enferma.

—¡Quién sabe lo que hubiera podido suceder si la carta va directamente á manos de mi padre!

Tal vez se hubiese evitado algo de lo que sucedió después.

Por lo demás, no se extrañe usted que la fortuna ó la casualidad favoreciesen á doña Margarita; ambas ayudan muchas veces á los malvados, como si quisiesen alentarles en sus proyectos, hasta que al fin les vuelven la espalda arrancándoles la máscara de hipocresía con que se cubren.

Mi madre política se retiró á sus habitaciones, y sus

ojos contemplaban el sobre con tanta insistencia, que parecían querer leer el escrito á través de su envoltura.

Una sospecha asaltó su mente, y entonces sus músculos se contrajeron, el corazón la latió con fuerza y su semblante tornóse lívido.

Si alguien hubiese penetrado en aquel momento en la estancia, difícilmente aquella mujer hubiera podido ocultar la emoción de que era presa.

—¿Acaso el terror llegó á apoderarse de ella?—preguntó la enferma.

—Sí, pero un terror indefinible, que no obedecía al grito de la conciencia y cuyas causas eran muy difícil de explicar.

Por espacio de algún tiempo permaneció doña Margarita contemplando el sobre, y más de una vez sus dedos fueron á romperle, pero se contuvo.

Aquella acción, á pesar del inmenso dominio que ejercía sobre su esposo, la pareció muy grave, máxime después de lo que había sucedido.

—No era la carta de un cualquiera, y en aquellas circunstancias era muy fácil que en ella se hiciesen ciertas revelaciones que deben siempre permanecer ocultas,—añadió la enferma.

—Precisamente era esto lo que la contenía; pero también lo que despertaba su curiosidad de un modo irresistible.

Además, y después de ver mi resistencia á casarme con Lucrecia.

Margarita necesitaba prevenirse para todo lo que pudiera suceder.

Pronto su perfidia halló un recurso para disculpar su conducta ante mi padre: sus ojos se iluminaron y rasgando el sobre con mano firme se puso á leer el escrito.

Apenas comenzada la lectura, sintió que el terror se apoderaba de todo su sér, y tuvo que esforzarse para ahogar un grito en su garganta.

Tal era el estado en que se encontraba, que en aquel momento, hábilmente interrogada, hubiese confesado la perfidia con que procedió.

Hallábase en uno de esos instantes en que hasta al criminal más hábil le falta valor para negar su delito, momentos preciosos en que un juez puede demostrar su habilidad sabiéndolos aprovechar.

La carta decia lo siguiente:

«Querido padre: por desgracia no encuentro medio de hacer que la venda caiga de tus ojos haciéndote que reconozcas mi inocencia y el error en que vives, respecto á la sinceridad con que procede tu esposa.

»Bien sé que estas frases envenenarán tu corazón, lo deploro con toda mi alma; pero las circunstancias en que me habéis colocado me obligan á expresarme así.

»La única manera de demostrarte mi inocencia, es seguir la resolución que he adoptado.

»Hallándome plenamente convencido de que en el mundo no puedo ser feliz, he renunciado á los placeres con

que me brindaba la posición que por mi fortuna estaba llamado á ocupar en la sociedad abrazando la carrera eclesiástica.

»Es inútil que trates de impedirlo: mi resolución es irrevocable, como asimismo lo es la de no volver á pisar la casa que ocupe mi madre política.

»Te desea muchas felicidades, tu hijo que te quiere,

Salvador.»

Mi madre política después de guardarse la carta, se dijo:

—Nunca creí que ese muchacho diese un paso semejante; esto me demuestra el odio que nos profesa tanto á Lucrecia como á mí.

¿A quién sino á un demente, se le ocurre renunciar á los placeres de la vida, cuando se tiene dinero para gozar de ellos?

Eso me prueba que su razón está profundamente perturbada, que este arranque es hijo de su poca edad y estoy segura que no han de pasar muchos días sin que se arrepienta de su proceder.

Después de estas frases, en sus labios se dibujó una sonrisa burlona.

—¿Por lo visto su madre política no creyó que usted cumpliera lo que prometía en la carta?—profirió la marquesa.

—No, señora; para ella los goces del mundo estaban sobre todas las cosas, creyendo que el sacrificio de hacerme sacerdote era superior á mis fuerzas, porque ignoraba que Dios ayuda á aquellos que están dispuestos á servirle con todo su corazón; pero pronto cambió de parecer, recordando la firmeza de mi carácter, y su sonrisa tornóse en gesto de desesperación, haciéndola mesarse los cabellos al par que se decía:

—¡Oh! ¡no hay duda, Salvador se empeña en no ser esposo de Lucrecia!

El muchacho es más terco de lo que yo pensaba y por no casarse con mi hija es capaz de todo.

El golpe dispuesto por mí era tan decisivo como cierto; pero Salvador lejos de sostener la lucha, busca refugio donde yo no pueda alcanzarle.

Desde el momento que renuncia al mundo me hace desistir de mis propósitos.

¡Oh! esa decisión echa por tierra todos mis planes.

No hay remedio, mis esperanzas se han defraudado casi por completo; pero yo me tengo la culpa.

¿Quién me mandó precipitar los sucesos?

¿Por qué no le dejé marchar á Valladolid?

Lo que yo creía antes un peligro, comprendo ahora que era mi única salvación, habiendo seguido otro sistema.

Salvador no tiene malos sentimientos, es de los que creen que aun hay mujeres que se mueren de amor, y á los dos meses de ausencia podía haberle escrito, diciéndole:

«Salvador, mi hija se muere, está enamorada de tí y tú eres el único que puede salvarla.»

«¡Ten compasión de una madre!»

¡Oh! y entonces es casi seguro que hubiese contestado que se casaba con mi hija.

Pero hoy eso es ya imposible; ha conocido mi juego, me ha declarado la guerra y no me perdonará el daño que le he hecho,—terminó doña Margarita con desesperación.

—¿Al fin comprendía que obró mal?—repuso la enferma.

—No, señora; comprendía que procedió con torpeza y ésta era la causa de su desesperación.

La ciega confianza en el dominio que ejercía sobre su esposo, fué su perdición en aquel asunto.

Sin embargo, aun fué más allá en sus pensamientos, pues como lo que á ella más le importaba era el hacerse dueña de mi fortuna, se dijo:

—Si Salvador se hubiese suicidado, fácilmente podría hacer creer á José que su hijo era un loco, pero así que se entere del contenido de esta carta, es fácil que la duda se levante en su alma y entonces estoy perdida.

¡Maldito romanticismo! ¿por qué en lugar de consagrarse á Dios no se le ocurrió á ese monigote levantarse la tapa de los sesos?

—¡Qué horror! Esa mujer llevaba su perversidad hasta lo último,—agregó la enferma.

—¡Qué quiere usted!

Para ella, yo no era más que una *letrá viviente* cuyo cobro pensaba realizar á mansalva.

Desde el momento en que *protesté*, la única esperanza que la quedaba para ser dueña de mi capital, era que la muerte acudiese en su ayuda, quitando el obstáculo insuperable que yo representaba.

—¿Pero y la carta, llegó al fin á manos de su padre de usted?—preguntó la enferma con impaciencia.

—Voy á decirla los resultados de aquel escrito.

Cuando adoptamos una resolución, por grave que sea y por dificultades que tengamos que vencer para realizarla, parece que nuestro espíritu se reanima y hasta se tranquiliza,—prosiguió diciendo el padre Salvador.

Al salir de mi casa me dirigí presuroso á la del padre Ventura.

El buen sacerdote, á quien su ama le dió noticia de mi visita aquella mañana, me dijo al verme:

—Hijo mío, hace rato que te esperaba: en los grandes conflictos el corazón es impaciente, y leo en tu rostro que te sucede algo grave, cuando con tanto afán acudes en busca de los consuelos de la religión.

El espíritu humano es así; no suele acordarse de Dios más que cuando no encuentra en el mundo remedio á sus males.

—Padre, perdone usted...—le objeté adivinando el significado de aquellas frases.

—No, hijo mío, no tomes á mal mis palabras. Tú eres buen cristiano, pero á pesar de eso, no me negarás que antes de venir aquí habrás buscado en tu imaginación un recurso que te saque de la situación en que te encuentras. ¿No es verdad?

—No supe qué responder.

Lo que me decía el padre Ventura era tan cierto, que parecía que estaba leyendo en mi corazón.

—Es verdad: he tratado de buscar medios para salir del apuro en que me hallo, pero no he conseguido nada, porque lo que me sucede es desesperador.

Hace dos días que sostengo en mi alma una lucha imposible.

Soy un demente que se empeña en combatir á brazo partido contra el destino, que me empuja al abismo, pero antes de caer en él, quiero defenderme.

—Hijo mío, tus palabras son muy graves, y no olvides que en ese estado de ánimo no puedes acercarte al tribunal de la penitencia.

Dios es misericordioso, todo lo perdona cuando hay verdadero arrepentimiento, y para que éste exista, es necesario que el ofendido perdone y olvide.

—Padre, no sé si he pecado; tal es la perturbación que hay en mi mente, que no puedo apreciar bien el alcance de mis actos.

Por lo demás, no son rencores ni desventuras las que me traen á implorar de usted los consuelos de la religión.

Yo soñé ser feliz en el mundo, consagrándome á labrar la felicidad de un sér á quien amo con toda mi alma.

En mi pasión no hay nada que sea censurable; pero ¡ay! otra mujer, cuya conducta no quiero calificar, se ha interpuesto en mi camino haciéndome desdichado para siempre.

—Padre, lea usted este escrito,—añadí entregándole la carta de Elisa.

Después de leerla, el padre Ventura me miró cariñosamente, murmurando:

—¡Infeliz! ¿Era tu primer amor?

—Padre, la primera ilusión que alimenté en mi vida.

Mi primer ensueño de felicidad,—contesté con los ojos anegados en lágrimas.

El anciano sacerdote fijó en mí una mirada bondadosa y me dijo:

—¿Estás seguro de que la persona á quien crees causa de tus desdichas es efectivamente responsable de ellas?

—Oigame unos momentos y juzgará.

Entonces, sin omitir ni el más pequeño detalle, le referí todo lo que me había sucedido con mi madre política.

—Si las cosas han sucedido como me las refieres, no ha sido ni cristiana ni correcta la conducta de esa señora.

Pero á pesar de todo, tu espíritu se encuentra sobradamente irritado para que puedas hacer una buena confesión.

Para que este acto pueda serte provechoso es preciso que tu corazón se calme y la serenidad se enseñoree de tu alma.

—Haré para lograrlo todo cuanto me sea posible; pero hasta que ese momento llegue, desearía oír los consejos de la experiencia.

—Me agrada ese deseo que satisfaré con verdadero placer, pues el hombre puede hablarte con más libertad que el sacerdote. Por lo tanto, antes de que sigamos más adelante dime ¿por qué no te casas con la hija de tu madre política?

¿No puede ser cierto que ella esté apasionada de tí?

Ten en cuenta que á tu edad es imposible que el mundo te sea tan aborrecido como supones, exasperado por el dolor del desengaño que acabas de recibir.

Ten en cuenta que las primeras contrariedades que experimentamos en la vida son las más dolorosas, pero son también las que antes se olvidan, pues las situaciones violentas nunca son durables.

La juventud es impresionable de suyo y lo que hoy le parece una montaña queda mañana reducido al tamaño de un grano de arena.

—Padre, mi resolución de hacerme sacerdote es tan irrevocable como el propósito de no ser nunca esposo de mi hermana política.

No siento hacia ella la menor simpatía.

—¿La odias acaso?

—No; pero la desprecio, y por lo tanto, si nos uniésemos en casamiento, seríamos infelices los dos.

—Siendo así, ese matrimonio sería una locura.

¿Pero tú sabes lo que significa abrazar la carrera eclesiástica?

¿Tú conoces la serie de sacrificios, la dosis de abnegación y el tesoro de caridad que es preciso reunir para ser un buen sacerdote?

—Padre, me supongo todo cuanto me dice; pero le aseguro que en mi alma se encierra una fe tan ciega, que sabrá vencer cuantos obstáculos se opongan á mis santos propósitos.

El padre Ventura sonrió cariñosamente y me repuso:

—Bien, hijo mío, hablas con sinceridad, con toda la vehemencia que encierras en tu corazón; pero todo eso no es bastante para que te creas en estado de poder abrazar la carrera eclesiástica.

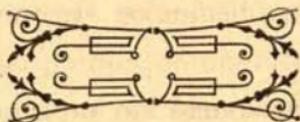
Tú has dicho: Elisa huye del mundo, pues yo la imitaré, sin reflexionar la diferencia que existe entre la vida de una religiosa y la de un sacerdote.

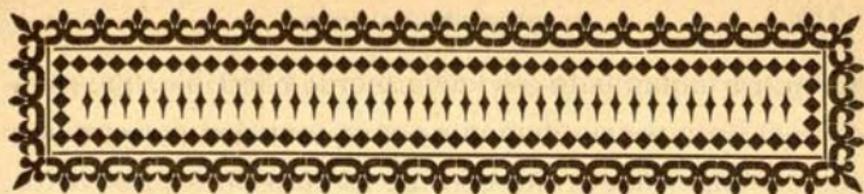
Hace algunos años vino á verme un joven de tu edad con la misma pretensión que tú me has manifestado.

Le hice saber la misión del sacerdote sobre la tierra, y conociendo que sus fuerzas no eran suficientes para soportar tan pesada carga, desistió de su propósito.

Voy á hacer contigo lo mismo que hice con aquél, y si con la mano puesta sobre el corazón te consideras con la fortaleza y la abnegación suficientes para abrazar tan penoso estado, yo te serviré de guía, allanándote el camino para que llegues á donde te propones.

Ahora escucha cuál es la misión del sacerdote sobre la tierra.





CAPITULO CX

La misión del sacerdote

DURANTE algunos instantes, el padre Ventura permaneció contemplándome. Sin duda trataba de leer en mi rostro el efecto que me habían causado sus palabras.

Luego con voz serena y afectuosa, me dijo:

—Antes de manifestarte cuál es la misión del sacerdote, acabaré de referirte lo que me sucedió con el joven de quien he hecho referencia.

El, como tú, se sentía con vocación para abrazar el estado eclesiástico; como tú, creía que su alma estaba dotada de condiciones para llenar misión tan santa; pensaba como tú, que su espíritu, imponiéndose á la materia, re-

sultaría triunfante de esa lucha moral y terrible, que el sacerdote libra constantemente con la sociedad por campo y con enemigos tan grandes como las pasiones y los vicios; él, en fin, como tú, Salvador, se creía fortalecido por la fe, para ejercer este sagrado y difícil ministerio.

A mis observaciones, á mi natural y justa resistencia, oponía siempre esta afirmación:

«Padre, mi vocación es decidida: quiero ser sacerdote.»

Y en alas de su entusiasmo por la fe y la religión, exponíame todos sus propósitos, todas sus esperanzas, todas las obras grandes que para hacer méritos con el cielo, se proponía llevar á cabo.

Pasaron tres meses; y aquel joven tan entusiasta, tan ardiente, aquel apóstol de la religión que soñaba con los triunfos de la cruz y que creía imposible servir bien á Dios no siendo su ministro, aquel joven compañero de mis horas de meditación y constante amigo y discípulo, empezó á separarse de mi lado. Le veía rara vez y rara vez también me hablaba de su resolución de ser sacerdote.

Un día, por fin, me abrió su corazón, en el cual yo ya había leído.

—¡Padre!—me dijo avergonzado y confuso.—Yo no puedo ser sacerdote.

—¿Por qué hijo mío?—le pregunté.

—¡Porque amo, padre mío! Yo creía que el corazón tan sólo una vez late á impulsos de ese sentimiento inexplicable; soplo divino del Creador, perfume embriagador de la

vida, que se llama amor: creía que cuando una imagen se graba en el corazón, jamás puede borrarse; pero hoy estoy convencido de lo contrario, porque, padre Ventura, amo ciegamente á una mujer, y esta pasión hace que por aquella ingrata que me olvidó, por aquella joven tan hermosa como insensible á las caricias del más puro amor, sólo guardo en mi pecho la compasión ó el desprecio.

Lejos de desagradarme estas frases, que venían á confirmar las sospechas que yo había concebido, me llenaron de júbilo.

—¡Hijo mio!—le dije,—siempre que tu alma se incline al bien respeta su voluntad y auxiliála con las fuerzas de tu imaginación y de tu espíritu. Para servir bien á Dios no es preciso ser apóstol de la fe. Sé un esposo digno, un padre honrado, cumple con tus deberes de cristiano y habrás llenado tu misión en la tierra, que la religión y la virtud pueden practicarse en todos los estados y en todos los tiempos.

Aquel joven es hoy un esposo modelo y será un padre celoso y bueno.

—No desprecies este ejemplo, Salvador,—me dijo el padre Ventura; pero yo me hallaba en aquellos momentos decidido á ser sacerdote, y como el joven á quien el anciano padre se refería en su ejemplo, repliqué:

—Mi vocación es decidida: quiero ser sacerdote.

—Salvador,—repuso el padre Ventura con solemne acento.—No olvides que el corazón en la juventud es impresionable: que llega un momento que pasada la efervescencia del dolor que causa la herida que le infirieron, vuelve á latir á impulso de nuevas pasiones y ¡ay! de tí si para entonces te hallas sujeto por lazos eternos y firmes, que sólo la apostasia puede romper.

¿Por qué no ha de poder sucederte lo que al joven de quien te he hablado? ¿Acaso eres de distinta condición que los demás mortales?

—Padre,—le dije entonces,—nadie puede, á mi juicio, responder de lo que mañana haré, pero creo que me hallo con fuerzas suficientes para ser un buen sacerdote.

Sus dudas,—proseguí,—están justificadas, mas hay un medio de desvanecerlas pronto.

—¡Un medio!—exclamó el padre Ventura.

—Sí, señor, un medio que ha de permitir á usted decidir: someterme á una prueba.

—Aceptado,—repuso el padre Ventura.—Yo someteré á las pruebas que han de permitirme apreciar tus condiciones y la situación de tu alma, y si de estas pruebas resultas triunfante, en mí hallarás el apoyo que deseas y solicitas.

—¡Gracias, padre mío!—exclamé.

—Aun es pronto,—repuso el padre Ventura.—Ahora, hijo mío, escucha la misión del sacerdote cual es.

¡Ah! como quedaron grabadas en mi corazón todas sus palabras.

—Para que el sacerdote sea digno de su nombre,—me dijo,—necesario es que parezca y sea un ángel, y que, aunque morando en la tierra, su espíritu, esté siempre en los cielos.

En el sacerdote se fijan todos los ojos, y en su interior y en su exterior, y en su mirada y en su palabra y en sus sermones, lo mismo en el templo que en la calle y en el retiro de su casa, espejo ha de ser en que todos se miren, siendo su presencia y su aspecto una predicación ejemplar.

¿Cómo puede llegar á tan alta perfección?—siguió diciendo,—¿Cómo? Levantando su alma y sus ojos á las cosas divinas, no aspirando á ser grande sino cada día mejor, porque la aspiración á la grandeza es medio para la caída.

El sacerdote no ha de conocer más dominación que la dominación de sí mismo.

Agradar á Dios, servir á Dios, imitar á Cristo, y después al mundo; esta es la misión de sus deberes.

Si en algo ha de ser el primero, ha de ser en hacer bien y en procurar que todos lo hagan.

Cristo es su modelo; y si Cristo se humilló apareciendo siervo siendo Señor, como Cristo ha de ser el sacerdote, modesto, resignado, humilde y dispuesto á sacrificarse en vida para la salvación de las almas.

Yo escuchaba con religioso silencio las palabras del padre Ventura, las cuales parecían infundir vida y fe en mi corazón.

—El sacerdote,—siguió diciendo,—ha de ser para todos, maestro del ignorante, consuelo del afligido, alivio del pobre, defensor del oprimido y padre del huérfano.

¡Ah! cuán fácil parece la misión que les está confiada y que difícil es, sin embargo,—exclamó.

—Sí,—dije á mi vez llevado de mi entusiasmo,—muy difícil; ¡pero qué hermosa y grande!

—El sacerdote,—continuó el padre Ventura,—debe estar muy alejado de la vida mundanal y abstenerse de sus placeres; huir de los espectáculos, de las pompas y vanidades, excusar los festines, porque sus consuelos han de ser sobrios, no ha de hacer partes usurarias, no se ha de dedicar á ocupaciones lucrativas, porque de aquí nace la afición al dinero, causa de la mayor parte de los crímenes, debe reprimir los odios, la envidia y la detracción, evitar el trato y la comunicación frecuentes con las mujeres, ser circunspecto, y en sus discursos y conversaciones, conservar perpetuamente la pureza de su cuerpo, y procurar que jamás sea contaminado con la menor mancilla.

Esto, hijo mío, y nada más que esto, exige la Iglesia á sus ministros, porque los fieles necesitan para su edificación, de los que Dios constituyó para labrar la felicidad del hombre, conduciéndole por las vías de la verdad.

Ministros son de Dios, y por lo mismo, sus acciones,

sus palabras, sus pensamientos, su vida interior y exterior, han de ser puras y santas, como Aquél que los instituyó.

Todos los cristianos estamos obligados á procurar y conseguir la perfección; pero lo estamos mucho más los sacerdotes por nuestra vocación, por nuestro carácter, por nuestras funciones, y por los fines sagrados por que hemos sido instituidos.

Levantados sobre todos, á todos deben aparecer, y ser en realidad puros y sin mancillas, semejantes al sol, de cuya luz y benéfico calor necesitamos, y á cuyo alrededor gira el sistema del universo.

Esta, hijo mío, es la misión del sacerdote. Ahora consulta tu conciencia, interroga tu corazón, mide tus fuerzas y dime, ¿quieres y puedes ser sacerdote?

Vacilé un momento, y luego, con voz insegura dije:

—No sé, padre, si las fuerzas me bastarán; pero la vida diera por ser un buen sacerdote.

—¡Un buen sacerdote! ¡Qué difícil es serlo!—exclamó el padre Ventura:—Salvador,—añadió, como el hombre que trata de convencer con su palabra y con su acento.—Ser un digno sacerdote es para todos difícil, para tí imposible.

—¡Imposible!—exclamé,—¿Por qué?

—Pasiones contrariadas, hijo mío, me dijo, te obligan á huir de la sociedad; crees que vas á verte libre de ellas siendo sacerdote, y te expones á lo contrario, porque á nadie le asedian con más fuerza las pasiones que al ministro de Dios.

Tú, aun no puedes comprender la fuerza de voluntad que se necesita para oír, sin que el corazón se desgarre, ciertas confesiones que son reflejo de las que mataron nuestras almas.

Donde quiera que vayas, lo mismo en la ciudad que en la aldea, encontrarás enfermedades del corazón; continuamente se presentarán ante tus ojos las luchas que engendran las pasiones, las cuales has de ver con toda su desnudez, esto es, presentándote sus terribles llagas.

Eres joven, te consagras á Dios, la oración fortalece tu espíritu, tu alma duerme tranquila en brazos del olvido, las ilusiones que alumbran nuestro corazón las has apagado. Voy á concederte más: en tu pecho reina la quietud de la nada, es decir, en él no queda cosa alguna que le martirice, practicas el bien continuamente y el bálsamo de la caridad ha curado tus heridas.

Pero llega un momento en que se acerca á la sombría rejilla del confesonario, una joven, es bella, y la hermosura siempre ejerce sobre el hombre grande influencia.

La pecadora te confiesa sus culpas, culpas que originan una pasión contrariada.

Entonces ¿negarás que aquella confesión ha de despertar el recuerdo de tus dolores?

Pues bien; vamos á suponer que la penitente ha succumbido á la fuerza del amor y está deshonrada. Un amante criminal mancha su pureza, y después la abandona, olvidando sus juramentos.

La excita á que perdone al que ha labrado su desdicha, y ella con los ojos arrasados en lágrimas y acento que revela la fuerza de la pasión que guarda en su alma, te responde:

—¡Padre, le perdono! pero ¡ay! ¡le amo tanto, que nunca podré olvidarle!

Ya ves que esto es muy corriente en la sociedad, y con frecuencia has de hallarte con casos como éste.

Es decir, que buscas en el sacerdocio consuelo y olvido para tus heridas, y sólo hallas el bisturí que á cada momento las desgarras sin piedad.

Mas voy á suponer que aun tengas fuerzas para seguir ahogando tus recuerdos.

Vives sufriendo y procurando olvidar, pero llega un día en que otra mujer se postra á tus plantas, y al revelarte sus culpas, te enseña el fondo de su alma.

En ella ves á la mujer que ama, que ama con pasión, con idolatría, pero que al mismo tiempo teme, sospecha, cree, en una palabra, que el objeto de su amor la desprecia ó desatiende en premio de su profunda abnegación.

—¡Pobre joven! exclamas. ¿Por qué no habré hallado en mi camino una mujer como ésta? toda abnegación, toda cariño, y que supiese apreciar el tesoro que existía en mi pecho.

Aquí, sin que tú lo adviertas, tu fe comienza á vacilar é insensiblemente te acercas al borde del precipicio.

Un paso más y eres un mal sacerdote.

Las palabras del padre Ventura me impresionaron hasta el punto de sentirme en realidad aterrado.

—Ya ves,—continuó,—que hasta ahora no me he separado un ápice de lo vulgar.

La simpatía y la repugnancia también despiertan en nuestro espíritu, sin que podamos evitarlo.

Figúrate que encuentras en tu camino una mujer cuya imagen queda impresa en tu corazón, y que cuanto más luchas por borrarla, menos puedes conseguirlo, en una palabra, la amas.

El corazón te dice que si no fueses sacerdote, aquella mujer te correspondería, y entonces te arrepientes de haber pronunciado votos que ya no se pueden romper.

La desesperación se apodera de tu espíritu, aumenta el cariño que profesas á aquella mujer.

¿Puedes asegurarme que en este caso no hagas todo lo posible por acercarte á la mujer que es dueña de tu corazón?

No; las pasiones nos arrastran hasta el punto de que cuando creemos vencerlas, sucumbimos bajo su peso.

—¡Cómo conocía el padre Ventura el corazón humano!
—exclamó la enferma.

—Como le conocen pocos sacerdotes, habia hecho de él un detenido estudio para poder remediar sus males.

Mi confesor, prosiguió:

—Cuando el sacerdote olvida sus deberes, ya no hay nada que le detenga.

La misma fuerza con que le sujetan los votos que ha pronunciado hace que con mayor afán, busque el modo de romperlos.

¡Hijo mío! ¿Quieres ser un mal sacerdote? ¿Quieres que mañana si la pasión invade tu pecho y olvidas tus deberes, digan que eres un relapso?

—No, padre;—le contesté horrorizado.—Mas ¿por qué la pasión ha de apoderarse de mi alma?

—¡Hijo mío! ¿quién puede leer en el porvenir?

—Entonces, según esa teoría que usted me presenta, no podría haber un sacerdote.

—Es verdad; pero no olvides que un seglar con poco trabajo, puede servir á Dios, mientras que el sacerdote...

—Padre,—le interrumpí con firmeza,—yo quiero ser sacerdote.

Lo que usted acaba de decirme no lo temo, porque estoy dispuesto á luchar con las pasiones, y espero que Dios me dará fuerzas para ello.

Mi vocación es irresistible, y además, durante el tiempo que consagre á los estudios religiosos si acaso sintiese que vacilaba mi fe, abandonaría la carrera.

—¿Piensas bien lo que dices?—preguntó el padre Ventura.

A veces también el egoísmo nos hace seguir una carrera no teniendo vocación para ella.

No olvides que hay por ahí muchos sacerdotes que siendo muy niños comenzaron sus estudios, y que al llegar á la edad de la razón encontráronse sin fuerzas para ser buenos ministros de Dios; pero también con que ya no tenían otro porvenir que la carrera eclesiástica, y pronunciaron sus votos diciendo sí con los labios, y no con el corazón.

—Padre, yo no llegaré á ese extremo.

—Bien, hijo mío; sométete á la prueba y Dios en su alta sabiduría, dispondrá lo que más convenga á sus fines. Ahora ¿qué quieres de mí?

—Ya sabe usted, cuál es mi situación, padre.

—Si has huido de tu casa dejando una carta de despedida, mal hecho, hijo mío; tu pobre padre estará intranquilo.

Yo te aconsejaría que volvieses á su lado, pero conozco la repugnancia que te inspira doña Margarita, y no quiero que el odio nazca en tu pecho si allí vuelves, el odio es una mala pasión y hay que combatirla, porque Dios manda amar al prójimo.

—Padre Ventura, ¿quiere usted influir con mi padre, para que no se oponga á la resolución que he adoptado?

—Así lo haré, hijo mío, y desde este momento perma-

necerás en mi casa hasta que llegue la hora de que vayas á hacer tus estudios á un seminario ó á un convento, si á ello te decides.

Con las lágrimas en los ojos dí las gracias á mi confesor.

El padre Ventura era un santo.

—Hijo mio, así conocerás el hogar del sacerdote. Hasta aquí has vivido en la opulencia, ahora vivirás en la pobreza, quiero estudiar la impresión que te producirá este cambio. El me demostrará el estado de tu alma.

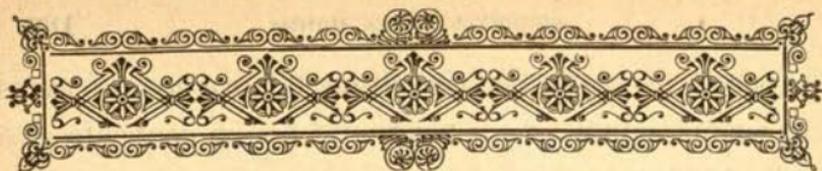
Nuevamente dí las gracias al padre Ventura, con toda la efusión de mi alma.

Mis esperanzas se habían confirmado. Bien hice en acudir á aquel santo varón, convertido en mi ángel tutelar.

Poco después de esta conferencia el padre Ventura, á pesar del delicado estado de su salud, salía de su casa con dirección á la de mi padre.

¡Ah! con cuánta impaciencia, con que ansiedad tan grande quedé esperando su regreso.





CAPITULO CXI

La sospecha

EL padre Ventura, con su bondad por escudo y la razón como poderosa arma, se encaminó inmediatamente á casa de mi padre, haciéndose anunciar á éste.

No habían pasado dos minutos cuando se hallaban ya los dos frente á frente en el despacho de mi padre.

La bondad y simpatía que reflejaba el semblante de mi confesor, predisponía desde luego en su favor, y no sería aventurado asegurar, que en presencia de aquel noble anciano, mi padre se sintió atraído y satisfecho.

Cuando se sufre, cuando en el corazón se libra batalla tan terrible como la que destrozaba el del autor de mis

días, una frente ornada de plateados cabellos, un semblante bondadoso que refleja la paz y la dulzura, parece que hace nacer la quietud en nuestra alma.

Una vez que el padre Ventura ocupó el asiento que mi padre le ofreció, fijó en su interlocutor una mirada apacible, pero profunda; una de esas miradas con las cuales el sacerdote lee en las almas de los penitentes y que le permite formar juicio exacto del estado de los espíritus.

—Caballero,—dijo mi confesor con voz segura.

Un deber de conciencia me guía á esta casa.

Sin duda habré de plantearle una cuestión por demás delicada y enojosa; pero para nosotros, los apóstoles de la fe, para nosotros los ministros del Señor, no hay consideración ninguna que nos detenga cuando hemos de cumplir con la misión que Dios y la Iglesia nos confiaron.

El nos manda consolar al triste, proteger al desvalido, escuchar al débil, y sea cual fuere el paso que para conseguirlo hayamos de dar, de avanzar hemos con resolución.

—Dispuesto estoy,—interrumpió mi padre,—á secundar á usted en tan meritoria empresa.

—Dios quiera que así sea; y en esta esperanza, caballero, sólo he de dirigirle un ruego.

—Al cual accedo desde este momento.

—No lo dudo y lo agradezco.

El camino que al sacerdote le es dado seguir únicamente es el de la verdad.

Verdad han de respirar sus actos, verdad sus palabras; pero este lenguaje de la verdad es tan duro, resulta tan descarnado, es tan fácil molestar con él, cuando no ofender, que comienzo por pedirle perdón, temeroso de incurrir en su desagrado.

La intención es buena: aténgase á ella, se lo suplico, y olvide cualquiera palabra que pueda parecerle dura, si por acaso mis labios la pronunciasen.

Este breve exordio despertó la admiración de mi padre; pero respiraba tanta serenidad y tanta mansedumbre el rostro del venerable sacerdote, que el autor de mis días se apresuró á decir:

—De los labios de un sacerdote que cumple con sus deberes, de un anciano que en los últimos días de su vida lucha para mejor guardar su rebaño, no pueden salir ofensas. Hable usted, señor, que sea cual sea su lenguaje, yo no he de reconvenirle.

Esta respuesta infundió ánimos á mi confesor para entrar de lleno en el asunto que allí le llevaba.

—Hasta hace poco tiempo,—dijo con voz sentida,—la paz, la tranquilidad, el bienestar y la satisfacción han reinado en esta casa: hoy, caballero, por desgracia, á aquellos inapreciables dones, han reemplazado la discordia y las luchas.

¿No es cierto, señor?

—Desgraciadamente, cierto es,—repuso mi padre,—pero ¿tengo yo de ello la culpa?

—No es fácil aventurar juicio sobre este punto.

A veces creemos ser inocentes y somos culpables, porque delito es, caballero, cerrar los ojos á la realidad y dejarse vencer por una obcecación de la mente.

—Lo que acaba usted de decirme, me hace creer que mi hijo ha ido hasta usted á contarle sus cuitas.

—Soy su confesor.

—No le censuro por eso; pero es indudable que Salvador, al llegar al pié del confesonario, al depositar en un ministro del Señor sus pecados, al enseñar á usted su conciencia, no habrá cometido la infamia de mentir villanamente.

—Salvador no ha mentido: su acento y sus lágrimas respiraban verdad.

—En ese caso, ya que él ha ido á implorar su ayuda de usted, acaso, ¡Dios no lo quiera! para no cumplir con sus deberes; ya que conoce usted los secretos de mi hogar, óigame, padre, y el cielo quiera que podamos arreglar una cuestión cada vez más enojosa para mí.

Entonces mi padre refirió al noble y anciano sacerdote, lo que usted ya conoce, añadiendo:

—Esta es la verdad; ahora vea usted si se presta aun á defender la conducta imperdonable, liviana, de Salvador.

—Si esa, caballero,—repuso el padre Ventura,—la verdad fuese, yo abandonaría la causa de su hijo, porque el crimen no se defiende jamás, se castiga. ¿Pero usted cree en la certeza de lo que acaba de decirme?

—¡No he de creerlo! Por desgracia estoy plenamente convencido de que cuanto acabo de manifestarle es la verdad. Verdad triste, verdad terrible para un padre que ve á su hijo precipitarse en la senda del mal; pero verdad al fin. Además, ¿quiere usted ver ratificadas mis palabras? Ahora mismo mi esposa confirmará mi relato.

Y diciendo esto, mi padre extendió el brazo con ánimo de agitar el cordón de una campanilla que junto á mi confesor pendía.

—Ruego á usted,—dijo éste deteniendo á mi padre,—que á nadie llame. Este asunto convendría que lo solventásemos entre los dos.

—Sea como usted quiera.

—No negaré que en esta desdichada cuestión hay algo grave y terrible que hasta ahora permanece en el misterio, algo que le hace á usted pensar en la culpabilidad de su hijo. Pero ¿por qué, si carece usted de pruebas, ha de condenarle? ¿Por qué creer y asegurar que Salvador ha procedido de una manera indigna, y negarse á admitir que puede haber sucedido lo contrario? ¿Por qué su hijo ha de ser culpable y los demás inocentes?

—¡Qué quiere usted decir!—exclamó asombrado mi padre.

—Es muy sencillo. ¿Por qué razón ha de creer como artículo de fe en el mal que le aseguran ha hecho su hijo, y no en el que á él quieren hacerle?

—Mi esposa no miente jamás,—dijo mi padre con acento firme y enérgico.

—No me atrevería á asegurar lo contrario; pero ¿quién le dice que no se ha equivocado en sus juicios?

—No lo creo; en asuntos tan graves y tan importantes como el que nos ocupa, la equivocación no cabe.

—¿Por qué?—preguntó el padre Ventura.

—Porque la equivocación sería un crimen.

—Podría serlo, en efecto; pero esa no es una razón, porque precisamente de aquellos asuntos que por su gravedad parece hallarse á cubierto de la calumnia, suelen servirse algunas personas para sus fines particulares.

Mi confesor pronunció estas palabras con firme acento y no escasa intención.

—En verdad que el padre Ventura abordaba de frente la cuestión,—interrumpió la enferma.

—No tenía otro remedio. Además, si en ocasiones sus fines eran algo ambiguos en lo que á mí se refería, era porque, prudente y justo, deseaba conocer cuál era el estado de obcecación en que mi padre se hallaba, para obrar en su consecuencia.

Aquellas últimas palabras del padre Ventura causaron en el ánimo de mi padre desagradable impresión.

Contrayéronse sus ojos y su vista brilló á impulsos del temor y de la ira.

—Creo, caballero,—dijo con acritud,—que no podremos entendernos. Usted tiene formado de mi hijo un concepto muy distinto del que merece.

Salvador le ha engañado. Ese desgraciado ha cometido una acción incalificable, y por no reparar el daño causado emplea cuantos recursos están á su alcance. ¿Ignora usted que mi hijo está ciegamente enamorado de una joven?

—Que se llama Elisa; lo sé.

—¿Y usted protege esos amores?

—Ni los protejo ni los condeno. Lo que quiero es que la verdad se abra paso y no se calumnie á los inocentes. Lea usted,—repuso el sacerdote entregándole la carta de Elisa, la cual puse yo en sus manos para que hiciera de ella el uso que estimase conveniente.

Mi padre la leyó y no pudo contener una exclamación de asombro.

—Pero esto,—exclamó,—es inexplicable; ¿cómo han podido saber la conducta de mi hijo? ¿Acaso se ha hecho pública la deshonor de Lucrecia?

—No, señor; pero ese escrito ¿no le dice á usted que Salvador puede ser víctima de una intriga? ¿Que en torno de su hijo se frague algo digno de censura?

—¡Oh, de ningún modo! Esa frase envuelve una acusa-

ción contra mi esposa y yo debo rechazarla,—repuso mi padre con energía, poniéndose de pié.

—¿Dónde va usted?—preguntó mi confesor.

—A buscar á mi hijo. Quiero cuanto antes poner en claro este asunto.

La duda empieza á torturar mi pecho llenando de dolor mi corazón.

Esta vez fué el sacerdote quien se quedó sorprendido.

—¿No sabe usted que su hijo ha salido de casa con el firme propósito de no volver á ella?

—¿Qué mi hijo me ha abandonado?—replicó mi padre dejándose caer en un sillón, abrumado por el peso de aquella desgracia.

—No, señor; Salvador no ha abandonado á su padre. Busca la tranquilidad allí donde puede encontrarla. Esto es todo.

Al venir á esta casa tenia la creencia de que usted estaría enterado de lo que pasa, pues antes de abandonarla, Salvador dejó encima de su mesa de despacho una carta para usted.

—No sé nada; es más, hasta ignorabá que mi hijo estuviese fuera de casa. Desde el día que le exhorté á reparar el mal que habia causado no he vuelto á verle,—repuso mi padre con desesperación.

—Entonces no me extraña lo que ha sucedido. Su hijo de usted le confesaba la verdad; pero no queriendo darle crédito á sus palabras indújole usted á la desesperación.

Mas tranquilícese, desgraciado amigo; Salvador está en mi casa.

—Pero ¿y esa carta? ¿por qué no me la han entregado? —exclamó mi padre levantándose y tirando con violencia del cordón de la campanilla.—¡Ah! mi corazón presiente una terrible tempestad. Veo con espanto amontonarse las nubes sobre mi hogar, amenazando destruir la calma y la dicha que en el reinaba.

En aquel momento la puerta del despacho se abrió dando paso á una de las criadas:

—Vete inmediatamente,—díjola mi padre,—á las habitaciones de mi hijo, y tráeme una carta que ha dejado encima de su mesa.

—Esa carta,—repuso la criada,—la encontré esta mañana al hacer la limpieza y se la entregué á la señora.

—¿A mi esposa?—exclamó con asombro mi padre.

—Sí, señor;—replicó la sirvienta.

Entonces mi padre guardó silencio.

Sin duda, meditaba sobre aquel hecho.

Imposible le parecía que su mujer no le hubiese dicho nada. ¿Qué razones podía tener para ello? se preguntaba desesperado.

En aquel momento brotó en su espíritu la duda. La venda que cubría sus ojos le dejó entrever un rayo de luz y por primera vez sospechó de su esposa.

El padre Ventura sonreía tristemente, presenciando el dolor que reflejaba el rostro contraído de mi padre.

—Dile á la señora,—repuso éste,—que te dé la carta.

—La señora ha salido.

—¡Qué ha salido! ¿cuándo?

—Hace un instante, á poco de venir este señor.

Mi padre no pudo reprimir un suspiro de amarga tristeza y murmuró con angustiado acento.

—¡Dios mío! ¿viviré engañado?

—Ya era hora que la luz de la verdad alumbrase su espíritu y que dejase de obedecer ciegamente las indicaciones de doña Margarita,—exclamó Sofía.

—Desgraciadamente el daño ya estaba hecho.

Reinó un instante de silencio que al fin rompió el padre Ventura para explicar el contenido de la carta.

—¡Quiere ser sacerdote!—exclamó mi padre.

El que puede brillar en el mundo renuncia á los placeres que su fortuna le ofrece.

—Eso le demostrará á usted que es inocente.

—¡Infeliz!... Pero no: yo no puedo creer que mi esposa sea criminal,—repuso mi padre con desesperación.

—¡En cambio prefiere usted creer que lo es su hijo! Los sentidos ciegan al hombre.

No insisto: sólo me resta rogar á usted permita á Sal-

vador seguir la carrera eclesiástica. Yo seré su maestro aunque indigno.

Por lo demás, de hacer luz en este asunto se encargará el tiempo, tal vez mucho antes de lo que pensamos.

—Padre, siento tal turbación en mi espíritu que no sé qué responderle.

Deje usted que pasen algunos días y entonces hablaremos. Hoy la sospecha corroe mi alma y el cerebro no puede meditar con la calma necesaria.

—Pero por el pronto ¿puede Salvador permanecer en mi casa?

—Sí: que continúe á su lado de usted.

—¿Y me es permitido empezar su educación eclesiástica?

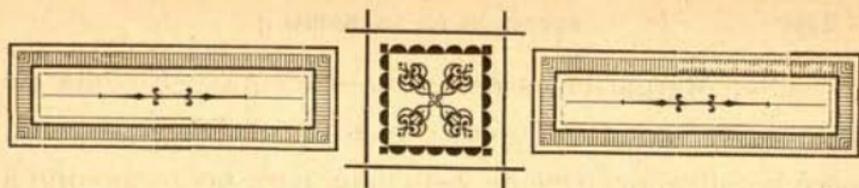
—Eso, padre...

—Siempre es tiempo de retroceder, si razones de fuerza aconsejaren lo contrario.

—Entonces, hágase su voluntad.

Aquello equivalía á un consentimiento y el padre Ventura dió por terminada su misión.

Cuando supe que se me permitía seguir al lado de mi confesor, mi alegría fué infinita. Aquel triunfo representaba para mi imaginación algo exaltada por los golpes de la adversidad, el primer paso en el camino del cielo.



CAPITULO CXII

La duda

GAN pronto quedó solo mi padre, comenzó á reflexionar sobre la conferencia que había celebrado con el anciano sacerdote.

Era tan extraño todo lo que sucedía en aquella casa y tan graves los sucesos que se habían desarrollado que, insensiblemente, la sospecha fué apoderándose de su corazón.

Las acusaciones contra su esposa no podían tener hechas por mí ningún valor para él; pero las formuladas por el padre Ventura, hiciéronle meditar sobre la conducta de doña Margarita.

Sin embargo, como mi padre le amaba, no tardó en reprocharse por sus dudas.

—No; Margarita es inocente,—exclamó.—En ella no he observado nada digno de censura: es buena, me ama... pero ¿y Salvador? ¿Qué he visto en él para no dar crédito á sus palabras?

¿Merece el rigor con que le trato? Hasta aquí jamás he tenido que reprenderle y siempre cumplió con sus deberes filiales...

Además, sus amores con Lucrecia siguen para mí envueltos en el misterio... De ellos no he tenido noticias hasta que mi esposa me lo advirtió.

Después la confesión de Salvador fué tan ambigüa, que en este momento, ya no me atrevo á asegurar me dijese que estaba enamorado de Lucrecia.

Pero entonces... ¿á qué decirme que Salvador era un infame y que había abusado de la inocencia de la joven...

¡Ah! No es posible que Margarita y su hija sean tan miserables que tengan valor para fraguar una calumnia de este género.

No creo que mi esposa se complazca en hacer jirones la honra de su hija. ¡Esto es imposible! ¿Qué madre obraría de esta suerte? Ninguna... ¡Ah! Cuanto más medito mayor es la confusión en que me hallo.

—Comprendo la terrible lucha que don José sostendría, —interrumpió la enferma.

—Cuando se ama es muy difícil creer que el sér querido nos engaña. Nada más que en un caso basta lo más in-

significante para que la sospecha se apodere del espíritu: este caso es cuando los celos despiertan en el alma.

—Porque los celos son patrimonio del amor,—dijo Sofia.

—Si en lugar de tratarse de una calumnia de aquel género, hubiesen dicho á mi padre:

«Su esposa le es infiel,» él hubiera dado crédito á estas palabras; pero acusaban á su mujer contra el hijo, y ya dudaba. ¡Pobre padre mío!

Largo tiempo permaneció mi padre meditando sin poder encontrar una solución, una idea luminosa que brillase en las tinieblas de su cerebro.

Las palabras del padre Ventura, y principalmente el hecho de no haberle entregado doña Margarita la carta, le llenaban de confusión, y aquélla, desde que le había asaltado, destrozaba su alma.

—¿Qué razones,—se preguntaba,—ha podido tener Margarita para guardar la carta de Salvador? ¿Por qué, si á mí venía dirigida, no me la ha entregado? Esto es inexplicable. ¿Será olvido? ¡Olvido! No es creíble.

No me cabe duda de que aquí hay algún misterio; de que tal vez esté yo siendo víctima de un engaño y de que para ello se emplee un proceder astuto y rastrero. Sí, lo

temo; y, ó mucho me engaño, ó Margarita es el alma de esta infernal intriga...

¡Ah! ¡Si esto fuera cierto!

Poco después penetraba doña Margarita en el despacho.

Mi padre, disimulando su emoción y contrariedad, la recibió con la sonrisa en los labios.

—¿Te has ido sin despedirte, Margarita?—la preguntó.

—Sí; como tenías visita, no quise molestarte.

—Dí, Margarita,—repuso mi padre:—¿dónde tienes la carta que te han dado esta mañana para mí?

—¿Qué carta?—preguntó con extrañeza doña Margarita.

—Yo no he recibido ninguna carta para tí. ¿Qué interés podía tener en no dártela?

—¿Es decir, que todavía tenía valor para seguir mintiendo?—repuso la enferma.

—Sí, señora; y á no estar mi padre seguro por haberlo confirmado la criada, fácil es que no hubiera dado crédito á las palabras de mi confesor.

—Pronto vamos á salir de dudas,—exclamó mi padre.

—Si tú no sabes dónde está la carta, me lo dirá la criada.

Al decir esto, mi padre agitó fuertemente la campañilla.

Doña Margarita palideció.

La firmeza y energía de mi padre le demostraban que había sospechado algo, y no le quedó duda de que estaba cogida en un renuncio que encerraba bastante gravedad.

Recordó á la vez que la visita del sacerdote tendría por objeto hablar á mi padre de la resolución que en la carta manifestaba, y como, para no hacer partícipe á los criados de sus intrigas, no se había puesto de acuerdo con la que la dió la carta, doña Margarita se creyó en el caso de adoptar una medida enérgica, única manera de conjurar el conflicto en que se veía.

—¿Para qué has llamado?—preguntó.

—Para que esa criada me diga la verdad,—repuso mi padre secamente.

—No es necesario. Puesto que es preciso, te diré lo sucedido.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho, apareciendo en ella la criada.

—Puedes retirarte, ya no haces falta,—dijo doña Margarita.

Salió la criada y entonces mi padre dijo:

—Y bien: ¿dónde está la carta?

—La he roto.

—¡Que la has roto! ¿Por qué?

—Para evitarte un disgusto,—repuso doña Margarita con cariñoso acento.

—¿Y cómo sabías que esa carta había de disgustarme? ¿Es qué el secreto de mi correspondencia nada vale por tí?

¿De modo que por evitarme un pesar me dejas ignorante de lo que mi hijo hace? Esto es incomprendible. Pero, está bien... He observado que en esta casa suceden cosas extraordinarias, y estoy dispuesto á ponerlas en claro.

Doña Margarita quedó perpleja y no supo al pronto qué responder.

Era esta la primera vez que mi padre le hablaba con energía, y aquella mujer empezaba á temer que el que hasta entonces había sido víctima de sus caprichos y maquinaciones, no sólo reivindicase sus derechos, sino que se convirtiera en severo juez.

Todo esto pasó por el pensamiento de la esposa de mi padre con la velocidad con que hasta nosotros llega la luz del relámpago.

Era preciso adoptar una resolución, y doña Margarita en un segundo tuvo su plan.

—Perdona mi atrevimiento,—murmuró,—y considera que si he obrado así ha sido por impedir que tuvieses un disgusto.

—Ese proceder es irregular y absurdo.

—Yo pensaba,—añadió ella,—poner de mi parte todos los medios para que Salvador volviese á nuestro lado.

—Malos medios son esos, cuando comenzabas por ocultarme la resolución de mi hijo.

—No lo creas. Yo comprendo que Salvador no quiere á mi hija; y como el amor es la base de la felicidad del matrimonio, como un matrimonio sin amor no puede ser dichoso, estoy resuelta á que mi hija no se case.

Esto dijo doña Margarita dejando que por sus mejillas corriese abundante el llanto.

Mi padre quedó sorprendido.

—Lo comprendo,—repuso la enferma.—Lo que medió era inexplicable. Días antes esa mujer estaba resuelta á defender á todo trance el honor de su hija, y entonces, sin más ni más renunciaba á aquel matrimonio, único medio según ella de salvar la honra de Lucrecia.

—¿Pero tampoco usted adivina la razón de este cambio? Sin embargo, es muy fácil.

Doña Margarita se encontraba en una situación de la cual ignoraba cómo saldría, y para conjurar el peligro, ofreció por el pronto la fórmula más del agrado sin duda de mi padre y mía.

Receloso mi padre, le preguntó:

—¿Qué motivos tienes ahora para no querer que Lucrecia y Salvador se casen?

—Ya te lo he dicho. Comprendo que han de ser desgraciados porque no se aman. Ese es el motivo. Además, he reflexionado sobre el asunto y he dado con un medio para evitar por lo menos el escándalo.

Si la falta no tiene consecuencias no me separaré de tu lado, pero si desgraciadamente Lucrecia fuese madre, entonces te suplico me facilites los recursos necesarios para pasar un año en el extranjero.

Ya que no puede remediarse la deshonra de mi hija, al menos que no seamos el escarnio de las gentes.

—No me parece mala idea, y desde luego puedes pensar en el viaje, si desgraciadamente es preciso,—contestó mi padre, admirado de la resignación de su esposa.

—Si Salvador,—dijo doña Margarita,—quiere ser sacerdote solo por no casarse con mi hija, puedes decirle que renuncie á la carrera eclesiástica y que vuelva á tu lado; yo le trataré con la misma consideración que antes, por más que en mi interior sufra.

—El cambio era demasiado brusco para creer que doña Margarita obraba de buena fe,—objetó Sofia.

—Lo era en efecto; pero mi padre estaba enamorado de ella y esto explica su ceguedad.

Por lo demás, el plan de doña Margarita fácilmente se adivina. Sabía por experiencia que en asuntos del corazón por la fuerza nada se consigue. Después de lo sucedido era natural que yo me interesase por Lucrecia y que al pensar en su sacrificio, me dijese:

«Lucrecia me ama y por su humildad y resignación es acreedora á mi estimación.»

¿Comprende usted ahora el juego de doña Margarita?

Por muy grande que fuese el cariño de mi padre hacia su esposa, aquel cambio tan brusco hubo por fuerza de acrecentar sus dudas y recelos y decidido á no dejarse engañar y á descubrir lo que en el fondo de aquella cuestión había, se limitó á decir:

—Está bien, Margarita. Yo hablaré con Salvador y veremos lo qué decide. Yo no pienso mezclarme en sus

asuntos puesto que ha huido de mi lado, y para evitarme nuevos disgustos lo mejor es que no viva con nosotros.

Doña Margarita guardó silencio para ocultar su contrariedad.

Aquella tarde parecía que todo se conspiraba en su contra, y temiendo nuevas contrariedades, abandonó con un pretexto el despacho de mi padre.

Una vez solo éste, se preguntó:

—¿A qué obedece este cambio de conducta? ¿Cómo explicarse que ahora renuncie á la reparación que antes pedía con lágrimas en los ojos? ¿No estaba convencida de que Salvador no amaba á Lucrecia desde el momento que la olvidó por otra mujer?

¡Están sucediendo cosas tan extrañas!... Antes de hablarme Margarita debió ver á Salvador, decirle lo que pensaba y ponerle de manifiesto cuál era el estado de su hija. Pero no... No se ha hecho nada de esto, y en cambio, no ha tenido inconveniente en proporcionarme el disgusto más grande de toda mi vida.

¿Cuáles serán ahora los móviles que le han impulsado á ocultarme la carta de Salvador? Esto no se explica; mas tampoco se me oculta que en este asunto el proceder de Margarita no es correcto.

En mi alma anida la sospecha; la duda destroza mi co

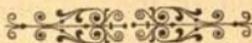
razón. ¡Oh! Si la mujer á quien he creído digna de mi cariño, en la que he depositado toda mi confianza, á la que ciegamente adoro, se burla de mi, yo sabré vengarme. ¡Sí, me vengaré!

Pero... hasta que nuevos datos no confirmen mis sospechas... ¡Ay de ella si la realidad me descubre su traición!

En tanto que mi padre sufría lastimado por sus terribles dudas, doña Margarita pensaba en la gravedad de los acontecimientos de aquel día.

Comprendía que ya no estaba á merced suya la voluntad de mi padre, y como éste se aprestaba á la lucha del disimulo y la astucia.

¿De quién sería el triunfo? Quién sabe; pero acaso de mi padre porque á veces la verdad se cansa de permanecer en la sombra y brilla resplandeciente para confundir el crimen y la maldad.





CAPITULO CXIII

Consentimiento paterno

DESDE el momento en que me dijo mi confesor que mi padre permitía que me quedara á su lado, empecé á concebir algunas esperanzas de que no se opondría á mi resolución.

Le aseguro á usted que estaba resuelto á apurar todos los medios posibles para hacerme sacerdote.

Tres días llevaba en casa de mi confesor, y si bien de mi semblante no desaparecían las huellas de tristeza, en cambio la desesperación huyó de mi alma.

La tranquilidad que se disfrutaba en aquella casa se comunicó á mi espíritu y hasta llegué á abrigar la esperanza de que olvidaría mis dolores.

Al preguntarme el padre Ventura que impresión me producía el cambio de vida, le contesté:

—No puede ser más grato, y casi puedo asegurarle que nunca echaré de menos la libertad que disfruta el seglar.

—Aun es pronto para hacer afirmaciones de esta clase, —dijo el padre Ventura.

Esta existencia es nueva para tí y lo nuevo en un principio rara vez disgusta.

—Padre, me parece que usted es feliz, —le interrumpí.

—Sí, hijo mío, lo soy; —me respondió cariñosamente, —pero ¿sabes por qué?

Porque nunca me he ocupado de mi dicha; porque jamás he sentido dentro de mi pecho la ambición.

Si el hombre no puede vivir sin satisfacer las necesidades de la existencia, en cambio con poco tiene bastante.

De modo que concretándose á ellas y no haciendo nunca que lo supérfluo se convierta en necesario, forzosamente mata en su pecho ese afán de bienestar y de riqueza que es el origen de la ambición.

—¿Y tanto trabajo cuesta conseguirlo? —pregunté.

—Muy poco, hijo mío, al menos yo no tuve que hacer grandes esfuerzos; sobra con que tengamos fuerza de voluntad. Pero en fin, si tienes vocación para ser sacerdote lo que acabo de decirte ya lo irás comprendiendo á medida que la fe aumente en tu corazón.

El padre Ventura, sacando su rosario y el libro de oraciones, se puso á rezar.

Yo cogí un libro de filosofía en el que estaban recopiladas las grandes máximas de los padres de la Iglesia y comencé á leer.

—Poco después, fuimos interrumpidos por la presencia del ama que conducía á mi padre á la estancia que ocupábamos.

Al verle no pude contener una exclamación de asombro, y me puse en pié con la idea de abrazarle; mas el temor de que me rechazara me contuvo.

Comprendiendo mi confesor lo que me sucedía, me empujó suavemente.

Corri hacia mi padre y nos abrazamos sin pronunciar una sola palabra; en cambio las lágrimas brotaban en abundancia de nuestros ojos.

No sé el tiempo que permanecemos así.

Mi corazón latía con violencia y tuve que hacer grandes esfuerzos para ahogar mis sollozos.

—¡Hijo mío! ¿por qué huiste de mi casa?—exclamó.

¿No sabes que te quiero con toda mi alma?—añadió mi padre con acento de dulce reconvención.

—Perdóneme; mas ten en cuenta las razones que me han obligado á ello,—le contesté.

El padre Ventura ofreció una silla á mi padre, yo

me coloqué á su lado y él se fué á situar enfrente de nosotros.

Mi padre, después de contemplarme algunos momentos, lanzó un suspiro de tristeza, añadiendo:

—Lo que sucede me ha parecido un mal sueño; no creas que al venir aquí lo hago con objeto de reconvenirte, me hallo en una situación en la que no puedo juzgar quién es el culpable.

Desde que has salido de mi casa ha entrado en ella la desgracia.

Yo era muy feliz, hijo mío; pero hoy ya es difícil que vuelva á serlo. En mi corazón está clavada la espina de la duda.

¡Oh! su semblante demostraba claramente la verdad de sus palabras. En cuatro días puede decirse que envejeció diez años.

Ya no era el hombre que á pesar de su edad se resistía á entrar en la vejez, su paso era vacilante y sus músculos temblaban como si el vigor hubiese desaparecido de ellos.

—¡Padre mío!—le objeté,—perdona la parte que yo pueda tener en tu infortunio.

—¡Ay! no sé de quién es la culpa, mas me temo que sólo yo la tenga. Pero,—añadió con acento intranquilo,—dejemos estas cosas á un lado para ocuparnos solamente de tí.

Cuando te di á elegir carrera me contestaste que era la de derecho la que más te gustaba.

He visto con placer el aprovechamiento con que hicistes tus estudios, y por lo tanto he concebido grandes esperanzas para el porvenir, no dudando que serías un buen abogado, pues tienes condiciones para ello.

Ahorá veo con dolor, que renuncias no sólo á una carrera en la que podías brillar por tus talentos, sino también el lugar que te corresponde en la sociedad.

Tal vez hayas oído decir que los principios de la abogacía son difíciles; pero esto sucede al joven que carece de recursos, mas tu fortuna te allana cuantos obstáculos se presenten en tu camino.

De manera que lo único que puedes alegar para no seguir tus estudios es que no quieres casarte con Lucrecia ¿no es verdad?

—Sí, padre mio, yo nunca podré ser esposo de esa mujer, porque no la amo ni nunca la he querido.

—Pues bien; yo no quiero obligarte á que te cases con ella; eres libre para elegir la esposa que quieras y yo estoy dispuesto á ayudarte á ello.

—¿Qué dice usted? ¿Doña Margarita renuncia á que me case con su hija?—repuse con asombro.

—Sí, hijo mio.

—¿Entonces es que están ustedes convencidos de mi inocencia?

¡Gracias, Dios mio! Al fin la verdad se ha abierto paso.

—Sí, creo que eres inocente,—repuso mi padre por no

turbar mi regocijo, mas en el fondo de su alma seguia mortificándole la duda.

—Aun la venda continuaba cubriendo sus ojos,—interrumpió Sofia.

—Ya sabe usted con que facilidad se perdonan las culpas de los seres que nos son queridos.

Mi padre, añadió:

—Ahora no tendrás inconveniente en seguir tus estudios.

Para que goces de completa libertad vivirás solo, pero cerca de mi casa, donde yo pueda ir á verte todos los días.

Mi confesor, que hasta aquel momento había permanecido silencioso, añadió:

—Salvador, piensa en lo que te dice tu padre, que el mundo es muy hermoso, cuando pueden gozarse con tranquilidad los placeres con que nos brinda. Piensa que puedes ser un buen abogado, muy útil á la sociedad, y en cambio á nada que te deslices serás un mal sacerdote.

—No puede ser; al abrirse las puertas del convento para dar paso á la mujer que amaba, el mundo me ha cerrado las suyas.

Padre mio, voy á darte una prueba de mi inocencia.

Yo no he amado nunca á Lucrecia, ni ella tiene la culpa de que yo quiera ser sacerdote.

Cuando una tarde yendo los dos de paseo me preguntaste si yo amaba á alguna mujer, te contesté que sí.

Esa mujer era Elisa á la que he consagrado mis ensueños de ventura.

No sé quién habrá tenido interés en amargar mi dicha y la suya ¿más á qué seguir? Hace tres días mi confesor te mostró una carta: si la has olvidado vuélvela á leer, y después dime si yo puedo ser dichoso en el mundo.

Al pronunciar estas frases, volví á entregar á mi padre la carta de Elisa.

—¿Y la leyó?—repuso la enferma vivamente.

—No, señora; sus ojos estaban llenos de lágrimas, y exclamó con entonación angustiada:

—¡Hijo mío! ¿me abandonas para siempre?

No comprendes que ahora que soy viejo es cuando tengo más necesidad de tu apoyo; que es fácil que antes de poco tiempo me quede completamente solo...

Estas frases destrozaban mi alma.

El amor que sentía por el que me dió el sér, se sublevaba dentro de mi pecho. Mas comprendiendo que un instante de debilidad podía traer tras de sí muchos años de amargura, repuse:

—El ser sacerdote no me obliga á que te olvide, al contrario, te tendré presente en mis oraciones.

Además no quedas solo en el mundo, tienes á tu esposa.

Mi padre se sonrió con dolor, expresando así que cada vez doña Margarita le inspiraba menos confianza.

Ahora comprendo que de ello tenia yo bastante culpa negándome á volver á su lado.

—¿Es decir que estás resuelto á ser sacerdote?—añadió mi padre con vacilante voz.

—Sí, estoy resuelto á renunciar á las pompas mundanas.

Para que veas cuan firme es mi vocación,—añadi,—desde ahora mismo renuncio en tí la fortuna que he heredado de mi difunta madre.

—¡Hijo mío, piensa lo que dices!

—Padre, lo he pensado. Al abandonar el mundo no necesito para nada los bienes terrenales; yo sé que á usted tampoco le hace falta esta donación, mas puede distribuir-la como lo estime conveniente

—Pues bien, ya que lo quieres, sea. No quiero contrariar tu vocación en lo más mínimo.

Al pronunciar estas frases mi padre me estrechó en sus brazos.

De mis ojos se escaparon dos lágrimas de dolor, mezcladas con las del placer.

¡Al fin sería sacerdote con el consentimiento de mi padre!

INDICE

DE

SECRETOS DE LA HONRA

TOMO PRIMERO

		PÁG.
CAP. PRIMERO. . .	Dos hermanos.	5
» II.	«Muérete y verás».. . . .	17
» III.	Continuación del anterior.—En el camino.. . . .	29
» IV.. . . .	La alegría de un perro, y el estupor de una mujer.. . . .	40
» V.	¡León!	49
» VI.. . . .	Algo de Caín y algo de Judas.	60
» VII.	De cómo perdía el tiempo la policía en 1848.	72
» VIII.. . . .	Oposición á una plaza de cirujano.	84
» IX.. . . .	Interior y exterior de algunos personajes que figuran en este relato.	97
» X.	La Reacción..	107
» XI.. . . .	Fugitivos.	117
» XII.	La vida ó la muerte.	125
» XIII.. . . .	En la boca del lobo.	135
» XIV.. . . .	No es un infame.	146
» XV.	Dos personalidades en una.	153
» XVI.. . . .	Un corazón de oro.. . . .	162
» XVII.	Cabezota.	169
» XVIII.. . . .	Un recuerdo y una exigencia.	179
» XIX.. . . .	Imitemos á Felipe II.	189

CAP.		PÁG.
CAP. XX.	También soy emigrado.	198
» XXI.	El encuentro.	205
» XXII.	Propósitos de salvación.	214
» XXIII.	Así se arreglan las cosas.	223
» XXIV.	Vengado.	235
» XXV.	Seguridades de un cura.	245
» XXVI.	También en Portugal.	253
» XXVII.	¡Que descanse en paz!.	260
» XXVIII.	Justa recompensa.	270
» XXIX.	La muerte de un hombre honrado.	278
» XXX.	Ana.	288
» XXXI.	¡Me ama!.	297
» XXXII.	Soy feliz.	307
» XXXIII.	¡Nubecillas!.	316
» XXXIV.	Nuevas disculpas.	325
» XXXV.	Lo que es una madre.	333
» XXXVI.	Un duelo á pistola.	346
» XXXVII.	Antecedentes.	355
» XXXVIII.	Donde prosigue el asunto del anterior.	366
» XXXIX.	La provocación.	377
» XL.	Un duelo.	390
» XLI.	Un ángel que sufre.	399
» XLII.	Sospechas.	414
» XLIII.	Pérfida como la ola.	428
» XLIV.	Una aventura de Carnaval.	439
» XLV.	Desventuras.	450
» XLVI.	No hay deuda que no se pague.	460
» XLVII.	Proceder con lealtad.	467
» XLVIII.	¡Siempre ingrato!.	476
» XLIX.	Ilusiones perdidas.	485
» L.	Un esfuerzo supremo.	496
» LI.	Reconciliación.	505
» LII.	Un hombre singular.	514
» LIII.	De ángel á demonio.	535
» LIV.	Nobleza del corazón.	546
» LV.	La muerte de un ángel.	557
» LVI.	Los tres premios.	567
» LVII.	¡El blasón hundido en cieno!.	583
» LVIII.	De cómo Vallejo se convence de lo in- fundado de sus temores.	592
» LIX.	La prueba plena.	605
» LX.	¡En el umbral de la tumba!.	614
» LXI.	¡El último adiós!.	624
» LXII.	Las consecuencias del mal.	632
» LXIII.	La casualidad al servicio de los que descouffian del trabajo.	640
» LXIV.	Jaque.	651

	PÁG.
CAP. LXV.	Mate. 663
» LXVI.	Una encina que da algo más que be- llotas. 676
» LXVII.	Conviene andar pronto el mal camino. 687
» LXVIII.	La crisálida de un abogado en el ca- pullo de un organista. 699
» LXIX.	«Madre, la mi madre, guardas me po- néis...» 710
» LXX.	Días tristes que puede originar una noche serena. 721
» LXXI.	Jugar con cartas vistas. 731
» LXXII.	En el que se habla de un cirujano me- nor. 743
» LXXIII.	En la Costanilla de las Trinitarias. . . 754
» LXXIV.	En el que Pimentel cree volverse loco. 767
» LXXV.	Con buena liga se cazan buenos pája- ros. 779
» LXXVI.	Cuestión de sangre. 791
» LXXVII.	Previsión y ternura paternal. 804
» LXXVIII.	Un padre confiado y un cirujano es- crupuloso. 816
» LXXIX.	La terrible verdad del hecho. 828
» LXXX.	Encuentro y despedida. 841
» LXXXI.	Doble catástrofe. 854
» LXXXII.	La noche de novios. 867
» LXXXIII.	¡Triste despedida! 878
» LXXXIV.	Histerismo. 889
» LXXXV.	¡Luz que se apaga! 899
» LXXXVI.	Resignación y sollozos. 908
» LXXXVII.	Los dos médicos. 918
» LXXXVIII.	Un ángel. 926
» LXXXIX.	Lo que ansía el alma. 936
» XC.	La revelación. 945
» XCI.	Continúa el asunto anterior. 954
» XCII.	La madre política. 963
» XCIII.	Asechanzas. 972
» XCIV.	Todo se queda en casa. 980
» XCV.	La tela de araña. 990
» XCVI.	La declaración. 999
» XCVII.	Mucha muleta. 1008
» XCVIII.	Elisa. 1018
» XCIX.	La mentira. 1030
» C.	Dolores que hacen reir. 1039
» CI.	Cayó la venda. 1048
» CII.	A Valladolid. 1058
» CIII.	Lo positivo. 1067
» CIV.	Justicia nada más. 1076

	PÁG.
CAP. CV.	De potencia á potencia. 1085
» CVI.	Recuerdos de la infancia. 1095
» CVII.	Una idea y una carta. 1104
» CVIII.	A grandes males grandes remedios. . 1113
» CIX.	La carta. 1121
» CX.	La misión del sacerdote. 1135
» CXI.	La sospecha. 1148
» CXII.	La duda. 1159
» CXIII.	Consentimiento paterno. 1169



PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

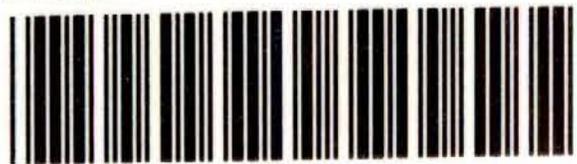
TOMO PRIMERO

	PÁG.
PORTADA	
—¡Padre! no puedo más.	124
—¡Miserable! si das un paso más...	187
—¡Hijo de mi alma!.	351
—Nadie me ve.	744
—Abra usted una vena de ese pié.	824
—¡Oh! No me persigas más.	898





Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1479790

